

La semilla del diablo

Una antigua estirpe de mujeres malditas espera para dar la bienvenida, suponemos que al infierno, a la última de la saga

Hace unos años Irene Solá alcanzó gran éxito de crítica y público con su inclassificable alegoría fantástico-pastoril *Canto yo y la montaña baila*. Sin apartarse demasiado de esa fórmula presenta ahora una nueva rareza, esta vez, claro, menos sorprendente, que comparte con aquella el oscuro encanto de los cuentos mal llamados infantiles.

Aunque el tono sea menos inocente, *Te di ojos y miraste las tinieblas* (Anagrama) tiene el mismo aire de fábula animista. También la narradora, medio sinestésica, habla con una voz similar. Describe, por ejemplo, una habitación a oscuras como "morada y bulliciosa, opaca, grana y azul a un tiempo, zumbadora, pecosa, ciega, espesa, honda y brillante a la vez". Y en el mismo párrafo:

"Las tinieblas crepitaban. Se agitaban, murmuraban. Roncaban".

Juguetera, como se ve, en cuanto al lenguaje, pero reboante de elementos escabrosos y esotéricos, *Te di ojos y miraste las tinieblas* tiene hechuras de cuento de hadas gótico. Está ambientada en una sórdida masía que funciona como catalizador de tragedias, y se centra sobre todo en las mujeres (Margarida, Bernadeta, Joana...) que en algún momento la habitaron. Mujeres esquinadas, de armas tomar, no del todo monstruosas aunque sí deformes. Una saga maldita por causa de un pacto demoníaco suscrito (e incumplido) por un antepasado, cuyas consecuencias arrastran de generación en generación.



Irene Solá parece haberse pasado al lado oscuro en su nueva novela

La novela ocupa un solo día pero abarca cientos de años. Arranca con una de ellas agonizando en el lecho de muerte. Veíndola están las demás y un nú-

mero indeterminado de almas en pena que celebran una especie de aquelarre eterno, circular, como si ni siquiera después de muertas pudieran alejarse de



Mas Calell. El lector, guiado por un coro de voces que se rebaten y se quitan la palabra, va saltando en el tiempo sin moverse del sitio.

La estructura es polifónica y el montaje, laberíntico. Un *totum revolutum* por el que desfilan bandoleros, cazadores, niños perdidos, lobos feroces y hasta brujas con espejito mágico, cuyas historias se van engarzando sin solución de continuidad. Personajes que se dirían arquetípicos pero a los que Solá singulariza con elementos del folklore vernáculo catalán. Una propuesta diferente, imaginativa y simpática (que no tierna). De hecho, está plagada de violencia, crueldad, sexo y escatología, como la mayoría de cuentos tradicionales en su versión original.

Miguel Artaza

Peligro de incendio

¿Por qué empezar de cero tras un desengaño amoroso si lo que realmente apetece es pegarle fuego a todo?

"Destruir es una manera de crear", se dice en uno de los cuentos de la nueva colección de Carlota Gurt, *Biografía del fuego* (Libros del Asteroide), un título muy apropiado para un libro que maneja material altamente inflamable. Casi todos giran alrededor de las relaciones familiares o sentimentales: divorciados recientes que deben reinventarse cada uno por su lado; parejas que llevan tan poco tiempo juntos que aún no saben comunicarse con un gesto, personajes que se sostienen en un equilibrio precario; atmósferas saturadas; provisionalidad, incertidumbre, aislamiento... En las entrevistas, la autora reconoce que su propia separación le ha condicionado

el tono, más bien áspero, desabrido, y la mirada, irónicamente desencantada.

Pero lo que singulariza a estos relatos es su espíritu escapista, la naturalidad con la que caminan por el filo y se internan en lo desconcertante, en una irrealidad apenas insinuada donde lo insólito se solapa con lo cotidiano. Un toque a veces onírico, a veces lisérgico que podría deberse al peculiar extravío de los personajes o a la conciencia alterada del narrador. En algunos relatos –la niña del batiscafo, el falso sordo, los cosmonautas románticos– esa grieta es más evidente, pero en la mayoría se trata de un pequeño detalle aparentemente secundario que chirría o provoca una distorsión.



Carlota Gurt vuelve a un género que ya exploró en *Cabalgando toda la noche*

Los más efectistas provocan un escalada de tensión a partir de un elemento descontextualizado, por lo general neutro –el petirrojo atrapado en un túnel de la autopista–, a veces más amenazante –un escorpión o un

charco de sangre en la nieve–, que, como malos presagios, ponen al lector en guardia y aceleran la sensación de inminencia, de que algo gordo está a punto de pasar.

La literatura de Gurt es así:



vértigo y pirotecnia y hallazgo permanente. Prefiere no desarrollar sus relatos hasta las últimas consecuencias, dejar los finales abiertos, pero domina los mecanismos de la sugestión y disfruta generando en el lector una incomodidad indefinible aunque sin duda inquietante. Se caracteriza también por la perspicacia y por cierta propensión al surrealismo gamberro y la turbulencia dialéctica que la emparentan con la mejor tradición cuentística barcelonesa, la de Monzó o Pàmies. Porque aunque a ratos baje la guardia y ceda brevemente al sentimentalismo, Gurt tiene modales de pirómana.

M. A.